

- X Discurso de presentación pro-  
nunciado en la Universidad  
Central, por el Licenciado Sr.  
Dn. Gonzalo Escudero, el 16  
de Marzo de 1929.



SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD,

SEÑORAS, SEÑORES:

Debo a la gentil amistad del conferencista, Humberto Mata, el que os hable antes que él, para cumplir con el ritual de su presentación ante vosotros.

Pero el espíritu —como la luz del día— no necesita de presentación, ni de liturgia, ni de símbolo. Los heraldos han muerto. Una saeta de sol nos hierde porque el sol es de todos, así como el oro del pensamiento es nuestro di'uvio universal.

Una Universidad es una casa risueña de innumerables ventanas y de muchas puertas. Mala de guardar venturosamente, porque la sabiduría no se guarda: se la reparte, se la dilapida a borbotones, se repite con ella, la historia del maná bíblico.

La Universidad antigua era como la catedral gótica, torturada y hermética. La Universidad contemporánea se parece a un templo jónico: amplio, dilatado, radiante, para que los hombres o los vientos pasen por la mitad de sus esbeltos columnares, haciendo el milagro de sus ráfagas.

Así, en esta hora matinal, bajo los auspicios del Alma Mater Universitaria de Quito, —que no tiene murellas, ni foso, ni puente levadizo— con la exquisita complicidad de vuestra atención, va a decir su palabra, va a enarbolar su entelequia, un nuevo peregrino maravillado que viene de la gemela Universidad Guayaquileña con la lámpara en su mano diestra, y en la siniestra, el olivo de fraternidad.



Escuchadlo, porque su abolengo espiritual es el vuestro, porque pertenece a un solar de la cultura, donde se hace oblación cotidiana de optimismo, de ingenuidad y de amor, donde se revela al mundo, se doma al deseo, se tuerce el cuello al apetito, se disciplina el impulso, se orquesta la imaginación y se arde en esa llama que hizo exclamar a Raimundo Lulio: "¡Ars magna!"

Se habla constantemente de democracia, como de simple banquete político, alrededor de la adiposa figura de Juan Jacobo, como de misteriosa dinamia pública fundada en las potestades aritméticas de una mayoría. Pero la democracia no sólo es la saturnal del sufragio, ni la orgía del poder, es aún más, es sobre todo, esa multica- pacidad para entender, esa magia de la comprensión en el comercio mental y sentimental de un grupo humano.

Cuando cada uno de nosotros pueda decir de sí mismo frente a los demás: "pienso para ellos", se habrá redimido la humanidad aún más que con el nuevo ozono de la Reforma, el descubrimiento de la Atlántida Americana, el melodrama de los derechos mítico, del hombre o la maravilla del Infierno Ruso. No habrá más órfica voluptuosidad que la de pensar. Y pensar socialmente. En esta madera perfumada arderá la apoteosis de la vida.

Entonces recién la cultura madrugará para todos, comenzará su ciclo sociocéntrico, libre de los cordeles con que el pensador cesáreo le anuda, y escapada de la mazmorra en que el niezstcheano le ha sepultado.

Y esto es lo que tratamos de hacer hoy en este sector intelectual. Uniformarnos. No como los corderos del rebaño que se visten con el mismo vellón, sino buscando la unidad del color en la variedad de la gama, por la virtud cromática complementaria.

Vuestro conferencista de ahora va a hablaros de un motivo millonario, el más humano de todos: la educación. Porque educar es como crear de nuevo al hombre, torciendo su instinto selvático y culturizándolo.

Va a recorrer los caminos de ese mundo que nace, a describir con pupila avisora sus adquisiciones y a gol-

pear con vara crítica sus pecados. Acompañadlo en su expedición de turista intelectual. Y creedle lo que os diga, porque su veracidad es la del surtidor que hace saltar los diamantes del agua, con espontaneidad argentina.

He reservado mis últimas frases para confirmar lo que sabéis de él. Mi panegírico es sencillo. Dice: Humberto Mata, universitario guayaquileño, profesor de filosofía, lírico de vanguardia que siembra el pánico con la dinamita de sus imágenes, trae, como el arcángel rebelde sus alas tñidas con el resplandor del incendio social, por el que agita su antorcha.



ÁREA HISTÓRICA